

Agatha
Christie®



**EL MISTERIO
DE PALE
HORSE**

booket

Agatha Christie

El misterio de Pale Horse

Traducción de Ramón Margalef Llambrich



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

The Pale Horse © 1961 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, the Agatha Christie Signature and the AC Monogram Logo are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie®

Traducción de Ramón Margalef Llambrich © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © David Sierra

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2025

Depósito legal: B. 224-2025

ISBN: 978-84-670-7608-0

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Relato de Mark Easterbrook

La máquina de café silbaba como una serpiente enfurecida a mis espaldas. El sonido tenía tintes no diré diabólicos, pero sí siniestros. Tal vez, pensé, ocurra lo mismo con todos los ruidos de nuestra época. El intimidante alarido furioso de los aviones de reacción, cruzando el firmamento a una velocidad vertiginosa, el lento y amenazador retumbar del metro acercándose por el túnel, el tráfico pesado que sacude los cimientos de nuestra casa. Hasta los menores ruidos domésticos, por muy beneficiosos que sean, transmiten una especie de advertencia. Los lavavajillas, los frigoríficos, las ollas de presión, las aspiradoras. «Ten cuidado —parecen decir—. Soy un genio puesto a tu servicio, pero si pierdes el control sobre mí...»

Vivimos en un mundo peligroso, eso es, un mundo peligroso.

Removí la humeante taza que tenía frente a mí. Desprendía un olor agradable.

—¿Desea usted algo más? ¿Un bocadillo de beicon y plátano, quizá?

Me pareció una mezcla extraña. Relacioné mentalmente los plátanos con mi niñez, en ocasiones flambeados con azúcar y ron. En mi cabeza, el beicon lo asocio firmemente con los huevos. Sin embargo, allí donde fueres, haz lo que vieres. De modo que asentí y encargué un bocadillo de plátano y beicon.

Aunque vivía en Chelsea (es decir, disponía aquí desde hacía tres meses de un piso amueblado), yo era en todos los demás aspectos un extraño. Escribía un libro sobre ciertas particularidades de la arquitectura mogol, y para el caso hubiera sido lo mismo vivir en Hampstead, o en Bloomsbury, o en Streatham, que en Chelsea. Vivía ajeno al entorno, exceptuando las herramientas de mi oficio, y el barrio me era absolutamente indiferente. Vivía en un mundo propio.

Sin embargo, aquella noche había sido víctima de una de esas repentinas depresiones que todos los escritores conocen.

La arquitectura mogola, los emperadores mogoles, la vida de ese pueblo y todos los fascinantes problemas que planteaban de repente perdieron todo interés. ¿A quién le importaban? ¿Por qué quería escribir sobre ellos?

Releí lo que había redactado. Me pareció uniformemente malo, pobremente escrito y singularmente desprovisto de interés. El que dijo: «La historia es una patraña» (¿Henry Ford?) tenía toda la razón.

Aparté el manuscrito con un gesto de asco, me levanté y consulté mi reloj. Eran casi las once de la noche. Intenté recordar si había cenado. Guiándome por mis sensaciones internas, deduje que no. Almorzar sí, en el Athenaeum. De eso hacía ya mucho rato.

Eché una ojeada al frigorífico. Quedaba un pequeño resto de lengua reseca. La miré sin ilusión. Y así fue como salí a vagabundear por King's Road y acabé entrando en un café con el nombre LUIGI escrito en luces de neón rojas sobre la ventana, y me vi contemplando un bocadillo de beicon y plátano mientras pensaba en las siniestras implicaciones de los ruidos de nuestro tiempo y en sus efectos atmosféricos.

Todos ellos poseían algo en común con mis primeros recuerdos de una pantomima. ¡Davy Jones saliendo del vestuario entre nubes de humo! Escotillones y ventanas que exudaban los infernales poderes del mal, desafiando al Hada Buena o un nombre semejante, quien, a su vez, enarbolaba una triste varita mágica y recitaba, con voz monótona, esperanzados tópicos sobre el triunfo definitivo del bien como prefacio de la inevitable «canción del momento», que nunca tenía nada que ver con la pantomima en cuestión.

De pronto pensé que el mal era, quizá, siempre más impresionante que el bien. ¡Tenía que dar la nota! ¡Tenía que asombrar y desafiar! Era lo inestable atacando a lo estable. Al final, la estabilidad ganaría siempre. La estabilidad parece sobrevivir a la trivialidad del Hada Buena: la voz monótona, los machacones estribillos y la irrelevante afirmación sonora: «Hay un camino sinuoso que baja la colina hasta el viejo pueblo de mis amores». Todas ellas eran armas muy pobres y, sin embargo, prevalecerían inevitablemente. La pantomima terminaría como siempre: una escalera y el elenco bajando por orden de importancia. El Hada Buena, practicando la cristiana virtud de la humildad, no figuraría en primer lugar, ni tampoco en el último, sino que se colocaría en

medio de los demás, al lado de su adversario, que ya no sería el terrible Demonio escupiendo vaharadas de fuego y azufre, sino solo un hombre vestido con leotardos rojos.

La máquina de café silbó de nuevo en mi oído. Pedí que me trajeran otra taza y miré a mi alrededor. Mi hermana me tacha siempre de no ser observador, de que nunca advierto lo que sucede a mi lado. «Vives en tu propio mundo», me acusa. En ese momento, con una sensación de virtud, tomé nota de lo que ocurría en torno a mí. Apenas pasaba un día sin que los periódicos publicaran alguna noticia relacionada con los bares de Chelsea y sus clientes. Ahora se me presentaba la oportunidad de estudiar directamente la vida contemporánea.

En el café había poca luz y resultaba difícil ver con claridad. Casi todos los clientes eran gente joven; supuse, vagamente, que pertenecían a la llamada generación *beat*. Las chicas me parecieron lo que me parecen todas las chicas en la actualidad: desaliñadas. Daban también la impresión de ir demasiado abrigadas. Lo advertí cuando hace unas semanas salí a cenar con unos amigos. La muchacha que se había sentado a mi lado tenía unos veinte años. Dentro del restaurante hacía calor, pero ella vestía un jersey amarillo de lana, una falda negra y medias de lana negras. El sudor le estuvo cayendo a chorros por el rostro durante toda la comida. Olía a lana empapada de sudor y también a pelo sucio. Mis amigos decían que era muy atractiva. ¡No para mí! Mi única reacción ante su presencia fue un deseo intenso de arrojarla a una bañera llena de agua caliente, darle una pastilla de jabón y decirle que se pusiera manos a la obra. Lo cual, me imagino, deja bien claro mi desconocimiento de

la actualidad. Quizá la causa era haber vivido en el extranjero mucho tiempo. Recordé con placer a las mujeres indias, con las hermosas trenzas negras, los saris de brillantes colores y graciosos pliegues, el rítmico balanceo de sus cuerpos al andar.

Un súbito incremento del ruido me hizo abandonar tan gratos pensamientos. Las dos chicas de la mesa vecina habían iniciado una disputa y los dos jóvenes que las acompañaban intentaban poner paz sin conseguirlo.

De repente, comenzaron a gritar. Una abofeteó a la otra y esta respondió arrancándola de la silla. Forcejearon sin dejar de insultarse como un par de verduleras. La pelirroja tenía el pelo rizado; la otra era una rubia de pelo lacio.

No acerté a adivinar el motivo de la reyerta. Gritos y maullidos se oyeron desde las otras mesas.

—¡Ánimo, muchacha! ¡Dale fuerte, Lou!

El propietario detrás de la barra, un tipo delgado de pobladas patillas y aspecto de italiano, a quien tomé por Luigi, se acercó para intervenir con el más puro acento barriobajero londinense.

—Vamos, vamos. Basta ya, basta ya. Dentro de un minuto tendréis a toda la gente de la calle aquí y a los polis detrás. ¡He dicho basta!

Pero la rubia tenía sujeta a la pelirroja por los pelos y tiraba furiosamente, al tiempo que gritaba:

—¡No eres más que una zorra robanovios!

—¡Zorra lo serás tú!

Luigi y los dos avergonzados acompañantes consiguieron separarlas. En los dedos de la rubia quedaron grandes mechones de pelo rojizo. La muchacha levantó la mano con aire triunfal y luego los arrojó al suelo.

Se abrió la puerta del café y la Autoridad, vestida de azul, se plantó en el umbral y pronunció las palabras de rigor con majestuosa entonación:

—¿Qué pasa aquí?

Inmediatamente, se formó un frente común contra el enemigo.

—Solo nos estábamos divirtiendo un poco —arguyó uno de los jóvenes.

—Eso es —corroboró Luigi—. Un poco de diversión entre amigos.

Con el pie empujó diestramente los mechones debajo de la mesa más cercana. Las dos contrincantes se sonrieron en una falsa amnistía.

El agente los miró a todos con suspicacia.

—Precisamente ya nos íbamos —dijo la rubia dulcemente—. Vamos, Doug.

Menuda coincidencia, eran varias las personas que ya se iban. La Autoridad vigiló su marcha con expresión severa. Sus ojos decían que por esta vez lo dejaban correr, pero que los mantendrían controlados. Se retiraron despacio.

El acompañante de la pelirroja pagó la cuenta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Luigi a la chica, que se cubría la cabeza con un pañuelo—. Lou debe de haberte hecho daño arrancándote el pelo de raíz.

—No, no me ha dolido —respondió la joven con indiferencia, y sonrió—. Siento lo ocurrido, Luigi.

La pareja se marchó. El bar se quedó prácticamente vacío. Metió la mano en el bolsillo en busca de dinero.

—Una chica muy legal —afirmó Luigi, que miró con aprobación hacia la puerta que se cerraba. Cogió una escoba y barrió los mechones pelirrojos detrás del mostrador.

—Tiene que haberle dolido muchísimo.

—Si me lo hubieran hecho a mí, habría chillado —admitió Luigi—. Pero Tommy es de fiar.

—¿La conoce bien?

—Viene por aquí casi todas las noches. Tuckerton. Ese es su apellido. Thomasina Tuckerton, si quiere saber el nombre completo. Pero todos la conocen por Tommy Tucker. Está forrada. Su padre le dejó una fortuna, y va y ¿qué es lo que hace? Viene a Chelsea, vive en una habitación cochambrosa cerca del puente de Wandsworth, y va por ahí con una pandilla que hace lo mismo. Lo que no entiendo es que casi todos son gente de pasta. Pueden tener todo lo que quieran y vivir en el Ritz. Pero parecen divertirse viviendo como viven. Me supera.

—¿Usted no vivió nunca así?

—¡Soy un tipo sensato! —exclamó Luigi—. Me ayudan a ganar dinero.

Le pregunté cuál había sido el motivo de la pelea mientras me levantaba.

—Tommy le ha quitado el novio a la otra. Y no vale la pena pelear por ese tipo, ¡créame!

—La otra chica no pensaba así.

—Es que Lou es muy romántica —respondió Luigi, indulgente.

Aquella no era mi idea del romanticismo, pero me callé.

Debió de ser una semana más tarde cuando me llamó la atención un nombre en las columnas de necrológicas de *The Times*.

TUCKERTON. El 2 de octubre, en el hospital de Fallowfield, Amberley, Thomasina Ann, de veinte años de edad, hija única de Thomas Tuckerton, de Carrington Park, Amberley, Surrey. Funeral privado. Se ruega no enviar flores.

Nada de flores para la pobre Tommy Tucker, ni grandes emociones en Chelsea. Sentí de improviso una pasajera compasión por las Tommy Tucker de nuestro tiempo. Después de todo, me dije, ¿cómo sabía que mi punto de vista era el más acertado? ¿Quién era yo para tildarla de vida desperdiciada? Tal vez mi vida, la discreta vida de un erudito, inmerso en los libros, aislado del mundo, fuera la desperdiciada. En realidad, una vida de segunda mano. Seamos sinceros, ¿me divertía? Una idea nada familiar. Lo cierto era que no quería diversiones. ¿O quizá sí las quería? Una idea poco habitual y no muy bien escogida.

Desterré a Tommy Tucker de mis pensamientos y volví a concentrarme en mi correspondencia.

La carta más importante era de mi prima Rhoda Despard, que me pedía un favor. Aproveché la ocasión porque esa mañana no me sentía con ganas de trabajar y era una excelente excusa para posponerlo.

Fui a King's Road y cogí un taxi que me llevó a la residencia de una amiga mía, Mrs. Ariadne Oliver. Ariadne era una famosa escritora de novelas policíacas. Su criada, Milly, era el eficiente dragón que defendía a su señora de los ataques del mundo exterior.

Enarqué las cejas inquisitivamente en una muda pregunta. Milly asintió con vehemencia.

—Vale más que suba usted de inmediato, Mr. Mark.

Hoy está de muy mala gaita. Tal vez consiga que cambie de humor.

Subí dos tramos de escaleras, di unos golpecitos en la puerta y entré sin esperar respuesta. El cuarto de trabajo de Ariadne era de grandes dimensiones, con las paredes empapeladas con exóticos pájaros que anidaban en un follaje tropical. Ariadne, en un estado aparentemente rayano en la locura, iba de un lado a otro, mascullando sin cesar. Me miró sin el menor interés, y continuó paseando. Su mirada ciega pasó sucesivamente por las cuatro paredes y la ventana, y sus ojos se cerraron varias veces en lo que parecía una expresión agónica.

—¿Por qué? —le preguntó Ariadne al mundo—. ¿Por qué el idiota no dice enseguida que vio la cacatúa? ¿Por qué no iba a verla? ¡Si era inevitable! Ahora bien, si lo menciona, lo echa a perder todo. Tiene que haber un modo, tiene que haberlo.

Gimió, se desgredó el corto cabello gris y se lo tironeó frenéticamente. De pronto, su mirada me enfocó.

—Hola, Mark. Me voy a volver loca —dijo, e inmediatamente reanudó sus quejas—. Y luego está Mónica. Cuanto más amable quiero hacerla, más irritante se vuelve. ¡Qué muchacha más estúpida! ¡Y presumida! Mónica... ¿Mónica? Creo que este nombre es un error. ¿Nancy? ¿No le iría mejor Joan? Todas se llaman así. Con Anne ocurre lo mismo. ¿Susan? Ya tengo una Susan. ¿Lucía? ¿Lucía? Creo que ya veo a Lucía: pelirroja, con un polo de cuello alto. ¿Mallas negras? Medias negras, en cualquier caso.

Este momentáneo destello de alegría fue eclipsado por el recuerdo del problema de la cacatúa. Ariadne volvió a sus alocados paseos, cogiendo al paso cosas de las mesas sin verlas, para depositarlas luego en otro sitio.

Metió sin mucho cuidado la funda de las gafas en una caja lacada que ya contenía un abanico chino y exhaló un profundo suspiro.

—Me alegro de que seas tú.

—Eres muy amable.

—Podía haber sido cualquiera: alguna necia empeñada en que ayude a un bazar benéfico o el hombre de la póliza de seguros que no quiero tener, o el fontanero, aunque esto último habría sido demasiada suerte. O alguien pidiendo una entrevista para hacerme las embarazosas preguntas de siempre. ¿Qué es lo que le llevó a usted a escribir? ¿Cuántos libros lleva escritos? ¿Cuánto dinero ha ganado? Etcétera. Nunca sé qué responder y esto me hace parecer tonta. Claro que ninguna de esas cosas tiene importancia, porque lo que a mí me vuelve loca es el asunto de la cacatúa.

—¿Algo que no cuadra? —le pregunté comprensivo—. Quizá sea mejor que me marche.

—No, no lo hagas. En todo caso eres una distracción. Acepté el dudoso cumplido.

—¿Quieres un cigarrillo? —preguntó Ariadne en un vago gesto de hospitalidad—. Por ahí hay un paquete. Mira en la tapa de la máquina de escribir.

—Tengo los míos, gracias. Toma uno. ¡Oh, no! Tú no fumas.

—Ni bebo. Me gustaría hacerlo. Como esos detectives estadounidenses que siempre tienen a mano una botella de whisky en el cajón. Eso resuelve todos los problemas. ¿Sabes, Mark? En realidad, no comprendo cómo alguien en la vida real puede cometer un crimen y librarse. Yo creo que desde el momento en que cometes un asesinato todo el asunto es evidente.

—Tonterías. Tú los has cometido a docenas.

—Cincuenta y cinco por lo menos. El asesinato en sí es fácil y sencillo. Lo difícil es ocultarlo. ¿Cómo puede ser otra persona que no seas tú? Si cantas como una almeja.

—No en el producto acabado.

—¡Ah, pero lo que me cuesta!... —manifestó Ariadne sombríamente—. Di lo que quieras, pero no es normal que cinco o seis personas estén en el lugar del crimen cuando B es asesinado, y todas tengan un motivo para matarlo, a menos que B sea una persona repugnante y odiosa, en cuyo caso a nadie le importará un bledo que lo hayan asesinado o quién lo hizo.

—Me hago cargo de tu problema. Pero si lo has resuelto triunfalmente cincuenta y cinco veces, seguro que lo conseguirás de nuevo.

—Eso es lo que me repito continuamente. Sin embargo, no acabo de creérmelo, y por eso estoy angustiada. Volvió a tirarse del pelo.

—No hagas eso. Te lo vas a arrancar.

—Tonterías. El pelo es muy fuerte. Aunque cuando pasé el sarampión con mucha fiebre, a los catorce años, se me cayó, sobre todo de delante. Algo vergonzoso. Pasaron seis meses antes de que me volviera a crecer. Es terrible para una niña; las chicas le dan mucha importancia. Lo pensé ayer, cuando visitaba en el hospital a Mary Delafontaine. Se le cae el pelo como a mí. Dijo que usaría una peluca cuando estuviera mejor, a los sesenta años no siempre vuelve a crecer.

—La otra noche vi como una muchacha le tiraba a otra de los pelos hasta arrancárselos —mencioné con un leve acento de orgullo, como alguien que conoce la vida.

—¿Qué lugares has estado visitando últimamente, Mark?

—Sucedió en un bar de Chelsea.

—¡Oh, Chelsea! Supongo que allí todo es posible. *beatniks*, *sputniks* y la generación *beat*. No he escrito sobre esa gente porque tengo miedo de utilizar mal los términos. Es más seguro seguir con lo que una ya conoce.

—¿Por ejemplo?

—Gente en cruceros y en hoteles, lo que ocurre en hospitales, parroquias, subastas, festivales musicales, las chicas en las tiendas, comités, mujeres de la limpieza, chicos y chicas que recorren el mundo con un interés científico, dependientes...

Hizo una pausa, falta de aliento.

—Eso parece lo suficientemente amplio para permitirte continuar escribiendo.

—Sin embargo, algún día tendrías que invitarme a un bar de Chelsea, solo para ampliar mi experiencia —manifestó Ariadne con un tono nostálgico.

—Cuando tú digas. ¿Esta noche?

—No, esta noche no. Estoy demasiado ocupada escribiendo, o preocupada porque no puedo escribir. Es lo más fatigoso de escribir, aunque todo es fatigoso, excepto cuando tienes una idea maravillosa y estás impaciente por empezar. Dime, Mark, ¿crees que es posible matar a alguien por control remoto?

—¿A qué te refieres? ¿Apretar un botón y descargar un rayo radiactivo mortal?

—No, no. Nada de ciencia ficción. —Ariadne se detuvo vacilante—. Me refiero a la magia negra.

—¿Figuras de cera con alfileres clavados?

—¡Oh! Las figuras de cera ya están superadas —afir-

mó Ariadne con desdén—. Pero en África y en las Antillas ocurren cosas extrañas. Todo el mundo lo cuenta. Cómo los nativos caen fulminados. Vudú o *ju-ju*. Ya sabes a lo que me refiero.

Repliqué que el éxito de muchas de esas prácticas se atribuía ahora al poder de la sugestión. La víctima se entera de que el brujo ha dispuesto su muerte y el resto corre a cargo de su subconsciente.

Ariadne dio un resoplido.

—Si alguien me sugiriera que me han condenado a tumbarme y morir, me daría el gustazo de echar por tierra sus expectativas.

Solté una carcajada.

—Por tus venas corre la añeja sangre escéptica occidental y no hay predisposición.

—¿Qué crees que puede ocurrir?

—No sé lo bastante del tema como para juzgar. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? ¿Tu nueva obra maestra será *Crimen por sugestión*?

—La verdad es que no. Me arreglo muy bien con el anticuado veneno para ratas o el arsénico. O el infalible instrumento contundente. Nada de armas de fuego si es posible. Son muy complicadas. Pero no creo que hayas venido aquí solo para hablar de mis libros.

—Francamente, no. La verdad es que mi prima Rhoda Despard ha organizado una feria parroquial y quiere...

—¡Nunca más! ¿Sabes lo que pasó la última vez? Organicé una Caza del Asesino y con lo primero que tropezamos fue con un cadáver auténtico. ¡Aún no me he recobrado!

—No es una Caza del Asesino. Solo tienes que sen-

tarte en una tienda y firmar tus libros a cinco chelines cada uno.

—Bueno —dudó Ariadne—. Quizá salga bien. ¿No tendré que pronunciar el discurso de inauguración o decir tonterías? ¿Ni ponerme el sombrero?

Le aseguré que nadie se lo pediría.

—Además, solo serán una o dos horas —añadí para acabar de convencerla—. Después habrá un partido de cricket. No, supongo que no en esta época del año. Un baile infantil, quizá. O un concurso de disfraces...

Ariadne me interrumpió con un grito salvaje.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Una pelota de cricket! ¡Desde luego! Él la ve desde la ventana. La ve volando en el aire, eso le distrae, y no llega a mencionar la cacatúa. Qué suerte que hayas venido, Mark. Eres maravilloso.

—No comprendo cómo...

—Tú tal vez no, pero yo sí. Es complicado y no quiero perder el tiempo en explicaciones. Me he alegrado mucho de verte, pero ahora lo que deseo es que te marches. Cuanto antes.

—De acuerdo. Y lo de la feria...

—Lo pensaré. Ahora no me líes. ¿Dónde demonios he dejado las gafas? Verdaderamente, las cosas desaparecen de una manera...